

Los adolescentes en las dinámicas familiares

Alfredo Oliva Delgado

Universidad de Sevilla

La visión dramática de la adolescencia.

Con frecuencia, los psicólogos evolutivos nos hemos referido a la posibilidad de que la adolescencia sea una construcción social y no una realidad bio-psicológica. A favor de esta idea se ha argumentado que en muchas culturas, y en la nuestra en épocas pretéritas, el paso de la infancia a la adultez es inmediato y viene marcado por un rito de transición que una vez superado sitúa al joven en el mundo adulto. Sin embargo, en 1991, Alice Schegel y Herbert Barry publicaron un trabajo en el que recopilaron los datos obtenidos por estudios llevados a cabo en 186 sociedades pre-industriales. Como no podía ser de otra manera, encontraron una gran diversidad en la duración y la forma de vivir el periodo que sucede a los primeros cambios de la pubertad; sin embargo, en todas las culturas analizadas existía una brecha entre la madurez sexual y la asunción por parte de los jóvenes de los roles y responsabilidades propias de la adultez. En todas se reconocía como necesario el conceder a los chicos y chicas un periodo de moratoria en el que pudieran experimentar con cierta libertad antes de entrar de pleno derecho en la adultez.

En lo que sí aparecieron diferencias entre las culturas estudiadas fue en la consideración de la adolescencia como una etapa problemática y conflictiva, con una mayoría de sociedades que se alejaban de la concepción dramática y negativa. De alguna manera, los adultos coloreamos esta etapa en función de nuestras necesidades. Así, cuando se precisa de una incorporación inmediata de los jóvenes al mundo laboral, o en épocas de guerra, no se cuestiona la madurez y responsabilidad de chicos y chicas, que se convierten en personas adultas de la noche a la mañana. En cambio, en periodos de crisis y recesión económica, como el actual, en los que sobra mano de obra y los adultos están ocupando puestos de responsabilidad, hacemos todo lo posible por acentuar los rasgos negativos de este grupo etario -irresponsables, inmaduros,

problemáticos y consumidores abusivos de drogas y sexo- y mantenerlos artificialmente en ese limbo que comienza con la pubertad.

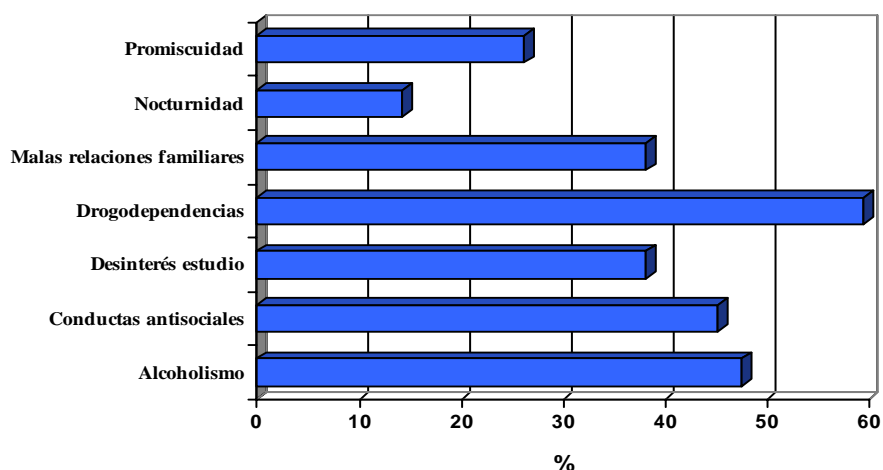
Las teorías psicológicas han sido un soporte ideológico a esas estrategias dilatorias, y desde la Primera Guerra Mundial hasta la actualidad, los psicólogos hemos formulado modelos explicativos que acompañaban a los cambios sociales y económicos, con una proliferación de artículos y publicaciones que acentúan la versión negativa de la adolescencia en momentos de crisis, para pasar a versiones más favorables cuando se ha necesitado la participación juvenil, como, por ejemplo, durante y tras la Segunda Guerra Mundial. Podríamos decir que estos datos ponen en entredicho la supuesta objetividad y asepsia de muchos de los estudios que llevamos a cabo, ya que de alguna manera inventamos la clase de adolescentes que necesitamos en cada momento. Algo similar, ha ocurrido con los estudios acerca de la idoneidad del cuidado sustituto al parental, ya que cuando el trabajo escaseaba y era conveniente que las mujeres permaneciesen en casa, los estudios indicaban que los niños que asistían a guarderías tenían un peor desarrollo que los criados por sus madres. Misteriosamente, los estudios pasaban a indicar lo contrario cuando cambiaban las necesidades, o cuando las mujeres, legítimamente, deseaban abandonar su tradicional rol de cuidadoras para desarrollar una carrera profesional.

El momento actual, de crisis profunda, tal vez no sea el más apropiado para sostener una visión positiva de la adolescencia, y es de esperar que las concepciones más dramáticas, que presentan a los adolescentes como indisciplinados, rebeldes, conflictivos e inmaduros, ganen fuerza. Si bien en el terreno de la psicología científica esa imagen conflictiva y catastrofista de las chicas y los chicos adolescentes ha sido cuestionada, parece que la representación social dominante en nuestra sociedad sigue manteniendo esos tintes oscuros y dramáticos.

Los resultados de un estudio que hace unos años llevamos a cabo sobre padres de adolescentes, profesionales de la educación secundaria, y personas mayores (Casco y Oliva, 2005) indican que aunque las ideas sobre la

adolescencia contienen tanto elementos positivos como negativos, predominan estos últimos. Cuando eran preguntados acerca de los comportamientos negativos más característicos de los y las adolescentes actuales señalaron las características que pueden observarse en la figura 1. Merece la pena destacar que casi un 60% consideró que las chicas y los chicos eran consumidores habituales de drogas, y que casi la mitad les atribuyó rasgos como los comportamientos antisociales y el consumo excesivo de alcohol

Figura 1. Características negativas de los y las adolescentes según las personas mayores

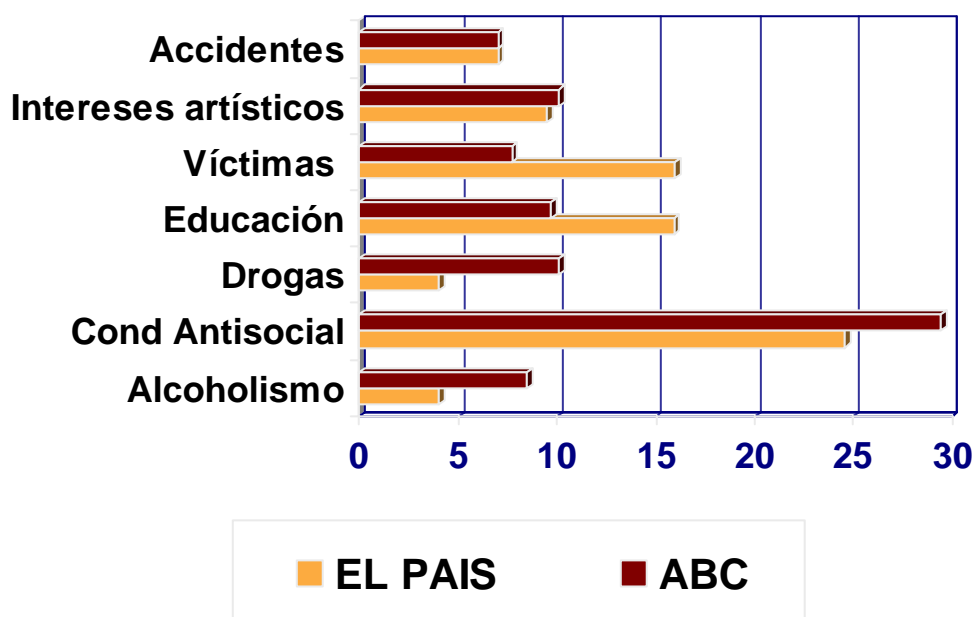


Algunas de estas ideas estereotipadas y negativas acerca de la adolescencia están muy extendidas entre la población general. Se trata de representaciones sociales que damos por ciertas y no cuestionamos a pesar de que no existan muchos datos que las apoyen.

Esta visión tan catastrofista sobre la adolescencia podría justificarse por diversos motivos. Por una parte, es posible que debido al desfase temporal que se produce desde el momento en que surgen nuevas ideas o descubrimientos científicos hasta que se difunden o popularizan, las ideas sobre la adolescencia que actualmente existen entre la opinión pública se corresponderían con los

planteamientos del *storm and stress* que hace más de 30 años eran dominantes en el terreno de la psicología. Por otra parte, hay que tener en cuenta que muchos de los problemas propios de la adolescencia, como el consumo de drogas o los trastornos de la conducta alimentaria, generan una enorme preocupación social por su influencia sobre la salud de chicos y chicas. Finalmente, hay que atribuir una importante responsabilidad en la creación de la visión dramática de la adolescencia a los medios de comunicación por la enorme presencia que tienen en la sociedad actual, y la imagen tan negativa que suelen difundir de la adolescencia. El análisis de llevamos acabo de las noticias que durante 3 meses aparecieron acerca de jóvenes y adolescentes en dos periódicos de tirada nacional como El País y ABC, arrojó los resultados que pueden verse en la figura 2. Sin duda, hay una cierta coincidencia entre muchos de los contenidos sobre los que versan estas noticias y las características que veíamos que las personas mayores entrevistadas atribuían a los y las jóvenes, ya que más de una cuarta parte de noticias los presenta como responsables de actos delictivos que generan mucho rechazo social, siendo también bastante frecuentes las noticias referidas al consumo de drogas y alcohol.

Figura 2. Contenidos de las noticias en prensa sobre jóvenes y adolescentes



Las consecuencias de la visión dramática de la adolescencia.

De la consideración de la adolescencia como una etapa evolutiva conflictiva pueden derivarse algunas consecuencias indeseables para las chicas y los chicos. Por una parte, resulta incuestionable que la consideración de un grupo social como conflictivo suele llevar asociada la exigencia de aplicación de medidas coercitivas de restricción de libertades, ya que vivimos instalados en el miedo hacia los adolescentes, y queremos protegernos de ellos. Por ejemplo, durante los últimos años algunos grupos sociales y políticos han venido defendiendo la derogación de una normativa de carácter marcadamente rehabilitador como es la Ley de Responsabilidad Penal del Menor, por considerarla demasiado blanda con los delitos cometidos por menores de edad. También se ha solicitado la aplicación de sanciones más coercitivas en los centros educativos para atajar un supuesto incremento de la violencia e indisciplina escolar. La efectividad de estas medidas de carácter restrictivo no sólo no está demostrada, sino que incluso existe evidencia sobre los efectos negativos derivados de su aplicación (Scott y Woolard, 2004). Por otra parte, frente a quienes defendemos un empoderamiento y una mayor participación de los y las adolescentes en la toma de decisiones que les afectan a nivel familiar, escolar y social, la imagen de la adolescencia como momento de inmadurez e irresponsabilidad sugiere todo lo contrario.

Además de constituir un marco de referencia para la interpretación de determinados problemas sociales y para la justificación de algunas decisiones a nivel político y legislativo, esta imagen desfavorable puede generar un intenso prejuicio social hacia este colectivo, e influir negativamente sobre las relaciones entre adultos y jóvenes, aumentando la conflictividad intergeneracional, especialmente en el contexto familiar y en el escolar. Son muchos los padres los que realizan interpretaciones sesgadas y estereotipadas del comportamiento de sus hijos, de forma que algunas conductas que son normativas en este periodo evolutivo son consideradas por padres y madres como faltas de respeto o amenazas a la autoridad parental, lo que suele actuar como un detonante de la conflictividad familiar.

También supone una menor sensibilización social hacia las necesidades de chicos y chicas, y puede llevar a que tanto profesionales como población general pasen por alto algunas situaciones de riesgo como el maltrato adolescente, que suele alcanzar una incidencia más elevada que en la etapa infantil y tener consecuencias tan preocupantes como los trastornos depresivos o los comportamientos agresivos y antisociales.

Evidentemente no todas las consecuencias derivadas de esta imagen de la adolescencia como etapa conflictiva son negativas, así, por ejemplo, hay que destacar que poner la lupa sobre muchos de los problemas de mayor prevalencia durante estos años, como la conducta antisocial, los síntomas depresivos o el consumo de drogas, ha supuesto que tanto la Administración como entidades privadas financien iniciativas dirigidas a investigar e intervenir sobre muchos de estos comportamientos problemáticos. Se trata de una preocupación justificada, puesto que durante estos años vamos a encontrarnos con una clara paradoja, relacionada con el hecho de que aunque la llegada de la pubertad suponga una mayor fortaleza física e inmunológica, un aumento de la fuerza muscular y una mayor competencia cognitiva, la adolescencia va a conllevar un aumento espectacular de la morbilidad y mortalidad. Este incremento está relacionado con problemas en el control de las emociones y las conductas y con la elevada tasa de accidentes, suicidios, homicidios, depresión, consumo de sustancias, trastornos alimentarios, sexualidad de riesgo, etc.

Aunque hay que valorar muy positivamente el desarrollo e implementación de programas dirigidos a prevenir estos comportamientos de riesgo, la contrapartida es que ha llevado a fomentar un modelo de intervención centrado en el déficit, de características similares al modelo médico tradicional. Este modelo lleva a considerar el desarrollo y el ajuste psicológico durante la adolescencia como la ausencia de problemas. El vocabulario que suele usarse para hablar de desarrollo y salud adolescente está plagado de términos que se refieren a la ausencia de problemas. Así un chico o una chica saludable es quien que no consume drogas o alcohol, no se implica en sexo sin protección ni en actividades criminales o antisociales. Se trata de un vocabulario que es fiel

reflejo de este modelo o paradigma centrado en el déficit, los riesgos, la patología y sus síntomas. Así, de acuerdo con este paradigma la investigación se dirige a denominar, contar y reducir la incidencia de los riesgos para el desarrollo y las conductas poco saludables, y el desarrollo juvenil positivo es considerado como la ausencia de conductas negativas o problemáticas. Como apuntan Catalano, Berglung, Ryan, Lonczak y Hawkins (2004), esto lleva a un mayor seguimiento de las conductas negativas que de las positivas y un menor interés, con la consiguiente menor inversión de recursos, en el estudio y la promoción de comportamientos positivos. Este sesgo hacia los comportamientos problemáticos se observa también en la carencia de instrumentos o herramientas validadas para evaluar el desarrollo positivo, lo que supone un cierto desconocimiento de la presencia o incidencia de esas conductas o rasgos positivos. Así, mientras que son numerosos los estudios nacionales que se llevan a cabo para conocer la incidencia de conductas problemas como el consumo de drogas o la violencia escolar, carecemos de indicadores semejantes referidos a rasgos o comportamientos positivos.

CUADRO: CONSECUENCIAS DE LA IMAGEN NEGATIVA DE LA ADOLESCENCIA.

1. Aumento de las medidas coercitivas y de la restricción de libertades individuales
 2. Intenso prejuicio social hacia los y las jóvenes que dificulta las relaciones entre adultos y adolescentes.
 3. Menor sensibilización hacia las necesidades de los chicos y las chicas.
-

Crisis familiar en tiempos de crisis económica.

La adolescencia temprana es un momento en el que las relaciones parento-filiales suelen complicarse, de manera que incluso en las familias en las que la armonía entre padres e hijos era la norma pueden aparecer conflictos frecuentes. Las razones de esta zozobra de la tranquilidad en el hogar son variadas, pero suelen estar relacionadas con los cambios que atraviesan los chicos y chicas y sus progenitores. En primer lugar habría que destacar los cambios hormonales propios de la pubertad, que suelen tener consecuencias sobre los estados emocionales del adolescente y repercuten de forma negativa en sus relaciones con quienes les rodean. Además, el aumento del deseo y de la actividad sexual que conllevan estos cambios hormonales puede inclinar a los padres a mostrarse más restrictivos y controladores con respecto a las salidas y amistades del chico y, sobre todo, de la chica adolescente, en un momento en el que estos buscan una mayor autonomía, con lo que los enfrentamientos serán más frecuentes. Igualmente, resulta obligado señalar los cambios que tienen lugar a nivel cognitivo como consecuencia del desarrollo del pensamiento operatorio formal, que llevará a chicos y chicas a mostrarse más críticos con las normas y regulaciones familiares y a desafiar a la autoridad parental. Incluso serán capaces de presentar argumentos más sólidos en sus discusiones, llevando en muchas ocasiones a que sus padres se irriten y pierdan el control.

Otro elemento a tener en cuenta es la clara desidealización de las figuras materna y paterna que se va a producir, de forma que la imagen parental cercana a la perfección propia de la infancia será sustituida por otra mucho más realista. Esta desidealización suele favorecer la desvinculación emocional necesaria en esta etapa para que chicos y chicas vayan ganando autonomía personal. No es necesario recurrir al complejo de Edipo para entender que el niño y la niña tienen que “desenamorar” de sus padres, y para esta faena nada mejor que comenzar a buscarles defectos y comprender que eran ídolos con pies de barro.

Finalmente, es importante destacar el aumento del tiempo que pasan con el grupo de iguales que va a permitir al adolescente una mayor experiencia en relaciones simétricas o igualitarias con toma de decisiones compartidas, y que le llevarán a desear un tipo de relación similar en su familia, lo que no siempre será aceptado de buen grado por unos padres que se resisten a perder autoridad. Por otra parte, en periodos de rápidos cambios evolutivos como la transición a la adolescencia, las expectativas de los padres con respecto al comportamiento de sus hijos son violadas con frecuencia, lo que causará conflictos y malestar emocional.

Aunque las transformaciones más relevantes tienen lugar en el adolescente, sus padres también están sujetos a cambios, y la pubertad de los hijos suele coincidir con la etapa de los 40-45 años de los padres. Este periodo, denominado por algunos autores crisis de la mitad de la vida, ha sido considerado como un momento difícil y de cambios significativos para muchos adultos, lo que podría suponer una dificultad añadida a las relaciones entre padres e hijos durante la adolescencia. Por lo tanto, la llegada de la adolescencia es un momento del ciclo familiar en el que coinciden dos importantes transiciones evolutivas, una en el hijo y otra en sus padres, lo que forzosamente contribuirá a enrarecer el clima familiar.

Lo mejor de todo es que estos momentos difíciles no suelen durar mucho y en poco tiempo, y contando con la comprensión y flexibilidad parental, las aguas volverán a su cauce y la dinámica familiar habrá entrado en una nueva etapa que puede ser tan gratificante como las anteriores. Es más, puede decirse que estos conflictos y discusiones son necesarios para que tenga lugar un reajuste de las relaciones familiares en el que los padres tengan en cuenta las nuevas necesidades de sus hijos. Eso podría explicar que en un estudio longitudinal en el que hemos seguido a un grupo de 100 adolescentes desde los 13 hasta los 23 años, aquellos adolescentes que declararon tener más conflictos con sus padres a los 13 años fueron quienes mostraron un mejor ajuste psicológico al final de la adolescencia. Estos enfrentamientos parecían haberles servido para ayudarles a madurar.

Factores socioeconómicos y adolescencia.

La transición a la adultez no es independiente de los factores socio-culturales, por lo que algunas características de la sociedad actual pueden influir en las relaciones que se establecen entre padres y adolescentes. Así, además de la imagen sensacionalista que difunden los medios de comunicación, y que ya hemos tenido ocasión de comentar, hay que mencionar el inicio más precoz de la pubertad, lo que lleva aparejado un inicio también más temprano en algunas conductas. Las relaciones familiares pueden verse afectadas por este cambio en el calendario con que tienen lugar una serie de comportamientos. La mayoría de los padres de adolescentes van a considerar demasiado precoz la edad con la que sus hijos e hijas pretenden iniciarse en comportamientos como salir con miembros de otro sexo, mantener relaciones sexuales, permanecer en la calle hasta altas horas de la noche, ir a discotecas o beber alcohol. Como han encontrado algunos estudios (Casco y Oliva, 2004; Dekovic, Noom y Meeus, 1997) las expectativas de adultos y de niños y adolescentes con respecto a los comportamientos apropiados durante estos años no van a coincidir, lo que contribuirá a aumentar la conflictividad, especialmente en el entorno familiar.

Otro importante factor, es la rapidez vertiginosa con la que se producen los cambios sociales. Los valores, los estilos de vida, las modas, la tecnología, todo resulta tan efímero que en un periodo de 30-40 años, que suele ser el que separa a una generación de otra, se han producido tantas innovaciones que cuesta trabajo reconocer el mundo en que vivimos. La época en que una generación vivió su adolescencia tiene poco que ver con la de sus hijos, y muchas de las cosas por las que vivieron y lucharon los padres no dicen nada a los hijos, lo que puede suponer un aumento de la brecha generacional, con el consiguiente deterioro de la comunicación e incremento de los conflictos.. Si a ello unimos la cada vez mayor globalización cultural, que ha supuesto la alteración de los gustos y estilos de vida tradicionales, el panorama puede ser preocupante. Por otra parte, no hay que olvidar que una de las tareas que debe afrontar el adolescente tiene que ver con la adquisición de una identidad personal, que hace referencia al compromiso con una serie de valores

ideológicos y religiosos, y con un proyecto de futuro en el plano personal y profesional. Esta tarea no se ve facilitada por tanta mudanza, y puede llevar a muchos jóvenes a la incertidumbre, la indecisión permanente, la alienación o la renuncia al compromiso personal.

La propia familia no es ajena a esta evolución social, y está experimentando su propia metamorfosis. Una tendencia observada en la mayor parte de los países desarrollados es que las familias son cada vez menos numerosas, lo que supone una menor disolución de los recursos que se destinan a cada hijo y una mayor dedicación y atención por parte de los progenitores, aunque también es mayor la tendencia a la sobreprotección.. Además, atrás quedaron aquellas relaciones entre padres e hijos marcadas por el autoritarismo y la obediencia absoluta. Hoy día la familia española es mucho más democrática e igualitaria, lo que sin duda ha tenido una influencia muy positiva sobre la autoestima y satisfacción de los adolescentes, como indican la mayoría de los estudios disponibles, que encuentran una relación positiva entre los estilos parentales democráticos y el ajuste psicológico y comportamental (Steinberg, 2001). Sin embargo, también es cierto que en bastantes ocasiones los padres, más que democráticos se muestran excesivamente permisivos o incluso indiferentes, actitudes que cada vez son más frecuentes no sólo en los sectores más desfavorecidos, sino también entre aquellas familias de clase media-alta, en las que padre y madre tienen profesiones que exigen mucho tiempo y dedicación que les llevan a una cierta negligencia educativa. Estos estilos excesivamente indulgentes van a tener una clara influencia negativa sobre el desarrollo y ajuste adolescente, ya que estos chicos y chicas suelen ser más impulsivos y más propensos a implicarse en actividades antisociales y a mostrar consumo abusivo de drogas y alcohol (Steinberg, 2001)

Por otra parte, están teniendo lugar importantes cambios en la estructura de la familia con el surgimiento de nuevas situaciones familiares que pueden resultar más complicadas (familias reconstituidas o monoparentales), y que pueden generar un mayor estrés familiar que haga más necesario el apoyo externo a unos padres que pueden encontrarse desorientados.

Pero los padres aún importan, y mucho.

A pesar de las críticas que autores como Judith Harris y Steve Pinker han realizado, en el sentido de cuestionar el papel que madres y padres desempeñan en el desarrollo infantil y atribuir a iguales y genes la mayor capacidad de influencia, cada vez es mayor la evidencia empírica acerca de la importancia de padres y madres, concretamente de su estilo educativo, para el ajuste y desarrollo de niños y adolescentes.

Recientemente, hemos llevado a cabo un estudio en el marco teórico del Desarrollo Positivo Adolescente (Oliva et al, 2010), Este modelo que surge como contraposición al clásico modelo del déficit adopta una perspectiva centrada en el bienestar, pone un énfasis especial en la existencia de condiciones saludables y expande el concepto de salud para incluir las habilidades, conductas y competencias necesarias para tener éxito en la vida social, académica y profesional (Benson, Mannes, Pittman y Ferber, 2004). Este enfoque emplea un nuevo vocabulario, con conceptos como desarrollo adolescente positivo, bienestar psicológico, participación cívica, florecimiento, o iniciativa personal, y parte de la idea de que todo adolescente tiene el potencial necesario para un desarrollo exitoso y saludable. Aunque el modelo del desarrollo positivo podría considerarse como opuesto al modelo del déficit, en realidad se trata de modelos complementarios, ya que reducir y prevenir los déficits y problemas de conducta y promover el desarrollo y la competencia son caminos paralelos. La promoción de los recursos y oportunidades para el desarrollo no sólo promueve la competencia sino que, como consecuencia de ello, hace más resistente a los factores de riesgo y reduce conductas problemáticas, tales como el consumo de drogas, las conductas sexuales de riesgo, la conducta antisocial o los trastornos depresivos (Benson *et al.*, 2004).

Si el modelo del déficit está centrado en identificar los problemas y desajustes, el modelo del desarrollo positivo adolescente, además de definir las competencias que configuran un desarrollo saludable, lleva asociado el concepto de *recursos o activos para el desarrollo (developmental assets)*. Este concepto fue propuesto por el Search Institute (Scales y Leffert, 1999), y se

refiere a los recursos personales, familiares, escolares o comunitarios que proporcionan el apoyo y las experiencias necesarios para la promoción del desarrollo positivo durante la adolescencia.

El estudio que llevamos a cabo sobre una muestra de 2400 adolescentes de edades comprendidas entre los 12 y los 17 años pretendía analizar los activos en la familia, escuela y comunidad que promovían el desarrollo positivo o competencia adolescente, aunque también estudió la capacidad de estos activos para prevenir el surgimiento de problemas emocionales y conductuales. Pues bien los resultados fueron muy claros ya que encontramos que los activos familiares tuvieron una mayor capacidad para predecir el ajuste y la competencia de los adolescentes que las variables relacionadas con el barrio en el que residían (seguridad, apoyo o empoderamiento, apego o vinculación, control social, disponibilidad de actividades de ocio e infraestructuras), y el centro educativo al que acudían (clima escolar, vinculación, claridad de normas y valores, seguridad, empoderamiento y oportunidades educativas), lo que puso de manifiesto que la familia continúa siendo tras la pubertad el principal contexto de desarrollo.

En la tabla 1 se observan los resultados de una regresión múltiple que muestran como los activos familiares tuvieron la mayor capacidad para predecir tanto el desajuste (problemas internos, problemas externos y consumo de sustancias) como la competencia (autoestima, valores positivos, satisfacción vital, habilidades sociales, etc), aunque también fue significativa la aportación de los activos escolares y comunitarios.

Tabla 1. Regresión múltiple de los activos familiares sobre las variables competencia y desajuste.

Predictores	Competencia		Desajuste	
	Beta	R ²	Beta	R ²
Sexo	.04		.22***	
Edad	-.04		.09**	
Nivel Socioeconómico	.08**		.01	
Nivel Educativo Padres	.08**		-.08*	
Afecto y Comunicación	.09*		-.14***	
Promoción de Autonomía	.24***		-.01	
Control Conductual	.10**		.02	
Control Psicológico	-.03		.19***	
Revelación	.09**		-.07*	
Humor	.07		.05	
Conflicto Interparental	-.08**	.27***	.13***	.18***

*** $p < .001$, ** $p < .01$, * $p < .05$

En la tabla 2 se observa la asociación que los distintos activos familiares considerados en el estudio sostuvieron con el ajuste y la competencia de los chicos y chicas que participaron en el estudio, incluso después de controlar la influencia de algunas variables sociodemográficas, como el sexo y la edad de los adolescentes, y el nivel educativo y socioeconómico parental.

Tabla 2. Regresión múltiple sobre las variables competencia y desajuste

Predictores	Competencia		Desajuste	
	Beta	R ²	Beta	R ²
Sexo	.06***		.22***	
Edad	-.01		.07***	
Nivel Socioeconómico	.06***		.01	
Nivel Educativo Padres	.10***		-.07**	
Activos Familiares	.37***		-.25***	
Activos del Centro	.19***		-.05*	
Activos Comunitarios	.14***	.34***	-.08***	.14***

*** $p < .001$, ** $p < .01$, * $p < .05$

El afecto mostrado por los padres se asoció fuertemente con la competencia personal aunque también con el desajuste emocional. A pesar del relativo distanciamiento afectivo y comunicativo entre padres e hijos que suele producirse con la llegada de la adolescencia, lo cierto es que chicos y chicas van a seguir beneficiándose de unos padres comunicativos, cercanos y afectuosos, que les apoyen en los momentos difíciles que tendrán que atravesar a lo largo de estos años. La evidencia empírica indica que cuando el afecto, el apoyo y la comunicación positiva caracterizan las relaciones entre padres y adolescentes, éstos últimos muestran un mejor ajuste psicosocial,. Además, es más probable que los hijos se muestren receptivos a los intentos socializadores por parte de sus padres y no se rebelen ante sus estrategias de control cuando existe un clima emocional favorable (Darling y Steinberg, 1993).

Otra dimensión que también mostró una fuerte asociación con la competencia fue la promoción de autonomía, aunque no se relacionó con el ajuste, lo que coincide plenamente con los datos disponibles de otros estudios, que indican que los padres que promueven la autonomía tienen hijos más individualizados y con más competencia social (Hodges, Finnegan y Perry, 1999). Estos padres y madres suelen usar prácticas o estrategias educativas que van encaminadas a que niños o adolescentes desarrollen una mayor capacidad para pensar, formar opiniones propias y tomar decisiones por sí mismos, sobre todo mediante las preguntas, los intercambios de puntos de vista y la tolerancia ante las ideas y elecciones discrepantes, por lo que también tienden a favorecer el desarrollo cognitivo y mejorar el rendimiento académico, algo que hemos encontrado en nuestro estudio.

Nuestros resultados encontraron que el control conductual favoreció la competencia socioemocional y académica, aunque no sirvió para prevenir los problemas internos o externos, pero sí guardó relación con el consumo de sustancias y con la conducta antisocial. Estos datos no son sorprendentes, ya que si bien la literatura sobre estilos parentales apoya la importancia del control para la prevención de los problemas comportamentales en niños y adolescentes (Steinberg, 2001), no faltan autores que cuestionan esta importancia, tal vez porque la relación entre control y ajuste puede ser

curvilínea, de tal forma que tan perjudicial sería la carencia como el exceso de control, que podría generar conductas rebeldes y agresivas. Otros autores apuntan que, a pesar de la importancia de que los padres tengan conocimiento de lo que hacen sus hijos, es cuestionable la eficacia preventiva del control, señalando que la relación encontrada en muchos estudios entre control y ajuste adolescente se basa en una idea que suele asumirse con escasa evidencia: la de que si los padres tienen información sobre lo que hacen sus hijos en su tiempo libre es como consecuencia de la monitorización o vigilancia que realizan, o de los límites que establecen a su comportamiento (Kerr y Stattin, 2000). Sin embargo, las investigaciones realizadas por estos autores indican que los padres obtienen la mayor parte de este conocimiento a través de la revelación espontánea por parte de sus hijos, y no como consecuencia de sus preguntas o esfuerzos deliberados.

Esa revelación apareció en este estudio asociada de forma significativa tanto a la competencia académica como al ajuste externo, ya que aquellos adolescentes que tenían más informados a sus padres consumían menos sustancias y presentaban menos problemas externos. Se podría pensar que la relación causal va en el sentido contrario, de tal forma que el contar más o menos cosas en casa dependería del ajuste comportamental del chico o chica, ya que aquellos más transgresores tendrían más razones para no informar a sus padres de sus “hazañas” fuera de casa. No obstante, en un estudio longitudinal previo hemos encontrado apoyo a la influencia de la revelación sobre el ajuste adolescente (Parra y Oliva, 2006). Por lo tanto, el favorecer esta revelación por parte de los hijos puede considerarse una buena estrategia de control parental.

Si el control conductual se asoció a un mejor desarrollo adolescente, con el control psicológico sucedió todo lo contrario, ya que la utilización por parte de los progenitores de tácticas disciplinarias basadas en el chantaje emocional o la inducción de culpa se relacionó de forma significativa con la presencia de problemas internos y externos, y también con una menor competencia socioemocional y académica. Así, nuestros resultados coinciden con los de otras investigaciones en las que el control psicológico apareció asociado a

problemas emocionales y conductuales (Barber, 1996; Silk, Morris, Kanaya y Steinberg, 2003).

Aunque no era una dimensión incluida en el estilo parental, también fue evaluada la percepción que tenía el adolescente de los conflictos entre sus padres. Los resultados indicaron que los bajos niveles de conflictividad interparental estuvieron asociados a una baja incidencia de problemas internos y externos y a una mayor competencia personal en sus hijos e hijas.

Por lo tanto, estos datos no hacen sino añadirse a la cada vez mayor evidencia empírica que indica que madres y padres siguen siendo figuras muy importantes durante la adolescencia de sus hijos e hijas, lo que resalta la importancia que reviste el asesoramiento a padres en una etapa en la que muchos de ellos pueden sentirse confusos y desorientados ante los importantes cambios que atraviesan sus hijos

Referencias.

- Barber, B. K. (1996). Parental psychological control: revisiting a neglected construct. *Child Development, 67*, 3296-3319.
- Benson, P. L., Mannes, M., Pittman, K. & Ferber, T. (2004). Youth development, developmental assets and public policy. En R. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology (2nd Ed., pp. 781-814)*. Nueva York: John Wiley.
- Casco, F. J. & Oliva, A. (2004). Valores y expectativas sobre la adolescencia: discrepancias entre padres, profesores, mayores y adolescentes. *Infancia y Aprendizaje, 28*, 209-220.

- Casco, F. J. & Oliva, A. (2005). Ideas sobre la adolescencia entre padres, profesores, adolescentes y personas mayores. *Apuntes de Psicología*, 22, 171-185.
- Catalano, R. F., Berglund, M. L., Ryan, J. A. M. Lonczak, H. S. & Hawkins, D. (2004) Positive youth development in the United States: Research Findings on evaluations of positive youth development programs. *The annals of the American academy of political and social science*, 591, 98-124.
- Darling, N. & Steinberg, L. (1993). Parenting Style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Dekovic, M., Nboom, M. J. & Meeus, W. (1997). Expectations regarding development during adolescence: Parental and adolescent perceptions. *Journal of Youth and Adolescence*, 26, 253-272.
- Hodges, E.V.E., Finnegan, R.A. & Perry, D.G. (1999). Skewed autonomy-relatedness in preadolescents' conceptions of their relationships with mother, father, and best friend. *Developmental Psychology*, 35, 737-748.
- Kerr, M., & Stattin, H. (2000). What Parents know, How They Know it, and Several Forms of Adolescent Adjustment: Further Support for a Reinterpretation of Monitoring. *Developmental Psychology*, 36, 366-380.
- Oliva, A., Ríos, M., Antolín, L., Parra, A., Hernando, A. y Pertegal, A. (2010). Más allá del déficit: Construyendo un modelo de desarrollo positivo adolescente. *Infancia y Aprendizaje*, 33, 223-234
- Parra, A. & Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 29.

Silk, J., Morris, A., Kanaya, T. & Steinberg, L. (2003). Psychological control and autonomy granting: Opposite ends of a continuum or distinct constructs? *Journal of Research on Adolescence*, 13, 113-128.

Scales, P. C. & Leffert, N. (1999). *Developmental assets: A synthesis of the scientific research on adolescent development*. Minneapolis, MN: Search Institute.

Schlegel, A. & Barry, H. (1991). *Adolescence: An anthropological enquiry*. Free Press, New York

Steinberg, L. (2001). We know some things: parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence*, 11, 1-19.